

*Investigación, verdad y poder**

*Belford Andrés Moré Torres***

Departamento de Literaturas Venezolana y Latinoamericana
Escuela de Letras. Universidad de Los Andes (Mérida - Venezuela)

Resumen

En este trabajo su autor articula algunas reflexiones sobre el ejercicio de la investigación y, especialmente, sobre el sentido que puede tener en las circunstancias actuales, cuando la cientificidad del conocimiento se pone en duda y el saber académico es desafiado a sostener su pertinencia y permanencia.

Palabras claves

Investigación, ciencia, verdad, poder.

Abstract

In this work his author articulates some reflections on the exercise of the investigation and, specially, on the sense that can have in the

* Este texto se deriva de la conferencia presentada por el autor el día 25 de Noviembre de 2010 en las Jornadas Estudiantiles de Investigación Literaria de la Escuela de Letras celebradas en la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de los Andes. En esta versión, se han conservado los elementos que responden a la situación comunicativa para la que fue producido y las modificaciones se han limitado a detalles relacionados con el estilo. Presentado a anuario GRHIAL para su consideración en 17-06-2011. Fue aprobado por el arbitraje interno y externo para su publicación el 11-11-2011.

** Licenciado en Letras (U.C.V.: 1987), Magister en Literatura Latinoamericana (U.S.B.: 1997), Magister Scientiae en Lingüística (U.L.A.: 1999), Diploma de Estudios Avanzados (Valencia-España: 2004) y Doctorado en Filología Española (Universitat de Valencia: 2006). Profesor Titular adscrito al Departamento de Literaturas Venezolanas y Latinoamericanas de la Escuela de Letras (Facultad de Humanidades y Educación) de la Universidad de Los Andes. Ponente en diversos eventos nacionales e internacionales de su especialidad, trabajos suyos han sido publicados también en reconocidas revistas venezolanas y extranjeras y es co-autor de varios libros. E-mail: belfordm@gmail.com.

present state of things, when the scientific character of the knowledge is questioned and to know academician is challenged to support his relevancy and permanency.

Key words

Investigation, science, truth, power.

1.- Introducción

Las invitaciones a eventos como las *Jornadas Estudiantiles de Investigación Literaria de la Escuela de Letras de la Universidad de Los Andes*, realizadas en Noviembre de 2010; sin ser uno ya formalmente estudiante, se derivan habitualmente de la autoridad, de la sabiduría o del envejecimiento. En mi caso, está claro que dependió de esto último. No obstante, en esa ocasión quise aprovechar la oportunidad para; sin pretender condensar una mirada original o conferir claridad a lo entrevisto por otros, hacer unas reflexiones sobre la tarea de investigar, sobre todo en los días que corren. Sobre ellas versan las páginas siguientes.

2. Notas metodológicas

Si hay algo que se aprende con el tiempo y el trabajo, con las desilusiones que acarrear los frecuentes descubrimientos de aguas tibias, es a entender la enorme dificultad, por no decir, la imposibilidad de articular percepciones y palabras novedosas. Como nos lo enseñan nuestras disciplinas, siempre, tras lo que decimos, alrededor de lo que decimos y en el interior de lo que decimos, se entretejen y resuenan las voces de los otros, de manera que nuestra voz, como el demonio evangélico, bien podría llamarse *Legión*. Así pues, establecido este principio, y reafirmando que lo que se está a punto de leer es el eco, caleidoscópico quizá, de lo ya dicho, me desplazo directamente al asunto que vagamente se enuncia en el título.

3. La investigación y la puesta en duda de la cientificidad

Hoy se puede decir que la idea de la gratuidad de la investigación científica ha quedado definitivamente en el pasado. Es cierto que la ciencia aún conserva mucho de su autoridad y que la creencia de que constituye una instancia superior de la verdad todavía determina la actitud de acatamiento más o menos generalizado que se adopta frente a ella. Sin embargo, la imagen del científico como una figura sacerdotal y de la labor que desarrolla como una tarea ejecutada en pro de supremos intereses, se ha desvanecido por completo. Desde un tiempo relativamente amplio, somos plenamente conscientes de que, en tanto actividad humana, la investigación científica o académica está inscrita en los “juegos” que caracterizan los asuntos humanos y que, en consecuencia, cualquier pretensión de abstraerla de sus contextos específicos deriva en la atribución de una estatuto mítico y en la mayor evidencia de sus conexiones ideológicas.

La inmersión de la investigación en la compleja realidad que se organiza a partir de la interacción de los seres humanos tal vez se vislumbre si atendemos a su presencia en la vida cotidiana. Investigar, en el sentido más general del término, consiste en la búsqueda del conocimiento en función de intereses cuya naturaleza puede ser variable pero que, no por ello, están desligados del quehacer práctico. El afrontamiento de los problemas elementales de la existencia desencadena habitualmente procesos encaminados a la construcción de representaciones que se entienden como condición necesaria para su resolución. En tal sentido, tales representaciones están indisolublemente ligadas a requerimientos de los que podemos ser o no conscientes y en los que operan impulsos esenciales asociados a la variedad de formas que adopta la dominación de lo real. Así, pues, la indagación del conocimiento o, mejor, su elaboración responde a necesidades vinculadas con el ejercicio del poder en relación con las cuales se traza su función y sentido.

En cierta forma, el postulado de la gratuidad y la autonomía del conocimiento científico conlleva la idea de que ha podido librarse de estos condicionamientos. Se considera que posee un estatuto singular debido a su condición de esfera especializada y a las características particulares que se desprenden de esta especialización. Como sabemos, en el sentido amplio del término, es decir, en el sentido dominante en las tradiciones francesa y alemana, se designa con la palabra ciencia el conocimiento organizado y sistemático de la realidad que está sometido a parámetros de control. En sus orígenes y a través de un proceso largo y complicado, se llegó a confiar en que estos rasgos garantizaban el acceso a una verdad de orden general, caracterizada por su neutralidad y por su valor universal y, en ocasiones, inapelable. Se presumía que la realidad natural o humana estaba regida por principios constantes de organización y que los procedimientos diseñados para develarlos podían conducir a resultados altamente plausibles, en tanto que se sometían a examen permanente. La historia de la ciencia se encargó de desvanecer esta ilusión. Obras como las de Thomas Kuhn (1981) y de Michel Foucault (1990b, 1990a, 1992, 2000) mostraron la inestabilidad de la propia verdad, su variación histórica, su dependencia de presupuestos institucionalizados que no sólo hacen posible el conocimiento sino, además, lo circunscriben en el interior de marcos restrictivos. De igual modo, se identificó su naturaleza de discurso, lo que en buena medida pone en crisis la concepción de la verdad como el feliz encuentro de la conciencia (o el pensamiento) y el mundo, y muestra que, más que el espejo inmaculado de lo real, el conocimiento científico es un constructo de hombres concretos localizados en situaciones y experiencias concretas.

Quizá todos estos elementos converjan en un punto que implícita o explícitamente acompaña la reflexión sobre la investigación y la verdad: aquél en que se pone de manifiesto su naturaleza intrínsecamente política. No pretendo reducir con ello estos aspectos a una sola dimensión. Es conveniente postular la diversidad de lo real y no perder de vista que

cualquier reducción deriva en una simplificación insostenible. Sin embargo, es bueno recalcar que la articulación del conocimiento y el poder no se limita a los saberes cotidianos y que este vínculo no sólo marca al conocimiento científico sino que, dada la concentración de poder que le es consustancial, la ciencia constituye uno de los campos esenciales del dominio en las modalidades de organización comunitaria que son propias del mundo moderno y postmoderno.

La forma en que se verifica esta vinculación presenta múltiples facetas que, claro está, no pueden ni tienen por qué ser presentadas en un texto de este tipo. Entre todas ellas quisiera destacar tres por considerar que son las más significativas y las que más se ajustan a lo que pretendo resaltar.

En primer lugar, en sí misma o para utilizar una metáfora espacial, interiormente la ciencia es un ámbito de poder; lo cual significa que la investigación se desarrolla sometida a una dinámica que se rige por dispositivos políticos. Su organización interna implica el trazado de jerarquías y un tejido de relaciones de dominación que se diseminan en distintos niveles: individual, institucional, geopolítico. A la ciencia, en no menor medida que en la literatura y el arte, se le pueden aplicar la conceptualización propuesta por Pierre Bourdieu en su teoría de los campos (2002, 2002, 2006). Ella está organizada sobre la base de normas estrictas de funcionamiento que regulan la interacción entre quienes participan en distintas posiciones de la empresa científica y operan a modo de soporte consensual estableciendo las fronteras entre lo legítimo y lo ilegítimo. Así mismo, se instituyen instancias y mecanismos de consagración (premios, distinciones, homenajes, publicaciones, etc.) que distribuyen el prestigio y, al hacerlo, erigen un polo de interés que determina que los proyectos no se encaminen única y exclusivamente a la búsqueda de la verdad, sino también a la consecución del valor simbólico que acarrea el reconocimiento y de la retribución económica que a veces le acompaña. De ahí que sea un medio donde se presentan las herejías y ortodoxias, las injusticias, las condenas, las inhabilitaciones y

rehabilitaciones y, con cierta frecuencia, las trampas más burdas (plagio, falsificación de información, robo o manipulación de datos, etc.) que constituyen una violación radical a las reglas del juego. En suma, en la actividad de investigación están presentes todos los fenómenos que son propios del poder y la convierten en un espacio de disputas que a veces adquieren el aspecto de lucha descarada.

En una dirección externa, considerada integralmente, la ciencia es, además, un territorio *con poder* no sólo por la aplicación de sus resultados, como veremos en un momento, sino por su capacidad de transformar los fundamentos mismos con que los seres humanos se representan la realidad y por las consecuencias que se desprenden de este hecho. Cada día se reconoce de modo más insistente que en toda sociedad existe una pluralidad de saberes distribuidos en distintas coordenadas: sociales (grupo, clase, edad), étnicas, territoriales, etc., entre los cuales se localiza el saber científico-académico. Hay que recordar que esta forma de saber no está simplemente junto a las otras en un mismo rango; más bien se desarrolla en un marco conflictivo en el que también pugna por reservarse la preeminencia. La ciencia modela representaciones que se proyectan en el medio social pero, a su vez, esta modelación tiene como contrapartida el desplazamiento de formas de entender el mundo configuradas a partir de otros parámetros (la religión, la magia, la poesía, etc.) y a las cuales se tolera siempre y cuando no usurpen su condición de instancia última de la verdad en el orden oficial. Este desplazamiento no se restringe al campo de las representaciones y verdades construidas, pues va más allá y toca a los dispositivos básicos en los que las representaciones se generan por lo cual sus consecuencias son más profundas. Los efectos del saber académico, parcialmente correlativos a sus aspiraciones, involucran la configuración de *un sentido común*, es decir, un punto de vista único que define el contacto cognoscitivo de los hombres y el mundo. Las tensiones generadas por estos efectos se verifican históricamente con resonancias a menudo trágicas en la experiencia de quienes han sido

arrastrados por los cambios culturales propios de las fases iniciales de los procesos de modernización, y, con mayor o menor intensidad, en nuestras historias personales marcadas por ese largo recorrido que es la educación formal.

El saber académico adquiere o aspira a adquirir la hegemonía en un ámbito caracterizado por la diversidad de saberes. Es este el modo primario en que participa en la dominación. Pero, además, esa participación también se desarrolla a través del uso instrumental que otros espacios de poder hacen de sus resultados. Es ésta una faceta mucho más visible y la que ha sido objeto reiterado de condena. La actividad económica y el ejercicio político así, como en ciertos casos, la religión se han servido y se sirven sistemáticamente de los productos del saber académico para potenciar y concentrar aún más su control del mundo y de los hombres. En este caso, los ejemplos proliferan: la significativa provisión de argumentos racistas que le sirvieron a naciones como Inglaterra, Francia, Bélgica o Alemania para justificar la apropiación colonial en el África o la India; la articulación orgánica con la industria militar; la racionalización de los métodos de exterminio durante el nazismo; la contribución en el desastre ecológico; la naturalización de la injusticia y la desigualdad social en nombre de la libertad económica y la justificación del totalitarismo en nombre de la igualdad. Todos estos ejemplos, escogidos deliberadamente por su carácter negativo, demuestran que la articulación no siempre ha sido feliz y que, si atendemos a las incertidumbres que agitan nuestro tiempo, el balance no es muy halagador.

4. Los desafíos de la investigación en el saber académico

Llegados a este extremo se podrían preguntar los nuevos estudiantes de la Escuela de Letras de la Universidad de Los Andes, quienes comienzan su recorrido en la producción de conocimiento, si las cosas son así qué es lo que queda. ¿Acaso la postulación del carácter político de nuestra actividad ha de conducirnos a su abandono? Las respuestas a estas

cuestiones son diversas. Algunos, como el Michel Foucault de ciertos libros, parecieran desgajar de su condena la negación de toda validez al conocimiento organizado y sistemático. Las alternativas, sin embargo, no son formuladas con la misma precisión: ¿Hay que retornar, negando lo que somos, a otras formas de saber? ¿Debemos sumergirnos en la existencia dionisiacamente? La opción elegida dependerá de cada cual y no pretendo asumir el rol del predicador que se hace la ilusión de que sus palabras bastan para movilizar a los otros. Lo que sí creo es que antes de tomar cualquier decisión sería conveniente evaluar cuál es el alcance de lo que a nosotros, individuos configurados bajo estos parámetros, realmente nos ofrecen las otras posibilidades. Quizá una forma de hacerlo deba empezar por reconocer la omnipresencia del poder, el hecho de que tiñe en toda circunstancia las formas de la socialidad y de que lo que somos está inevitablemente marcado por él. Este reconocimiento nos puede conducir a comprender que el conocimiento organizado y sistemático no es una excepción y que las demás alternativas no necesariamente nos conducen a un reino desprovisto de coerciones. Por esta vía es posible llegar a entender la relevancia del saber académico y de la investigación, a resaltar su profundidad y a redefinir las relaciones de nuestro trabajo con el poder bajo el presupuesto de que su conexión es ineludible. Quisiera concluir esbozando estas tres cuestiones.

La relevancia del saber académico deriva, entre otras cosas, de las posibilidades que ofrece en el plano estratégico. Haciendo confluir las ideas de Michel Foucault y de Raymond Williams (2000), se puede afirmar que el poder no es un privilegio ni una propiedad que se monopoliza sino una condición que depende de la configuración de posiciones siempre en tensión (Foucault 2000:33) y que, como resultado el establecimiento de cualquier hegemonía va acompañado siempre de la conformación de uno o varios polos contrahegemónicos. En tal sentido, los desajustes políticos que caracterizan el interior del saber académico no tienen por qué conducir al aplastamiento de las posiciones alternativas; por el contrario, en su seno mismo, tal vez como ningún

otro, procura el contexto para que irrumpen y pongan en crisis la solidez de las posiciones de dominio. De ello constituye un buen ejemplo el trabajo crítico del propio Michel Foucault. Sin este contexto sería imposible su descarnada descripción de los dispositivos de dominación y del modo en que tales dispositivos son consustanciales a la producción de la verdad. La práctica de la investigación, pues, si bien no inmuniza contra el poder, entre otras cosas abre la posibilidad de comprender sus mecanismos y de trazar las vías para confrontarlo.

Para cumplir cabalmente sus cometidos, el saber académico se debe revestir de la profundidad y el rigor que le son característicos. Hemos dicho, que la ciencia ha estado sometida a parámetros y procedimientos de control que apuntan a garantizar la consistencia lógico-empírica del conocimiento, es decir, la atención minuciosa de la realidad y su articulación en representaciones coherentes. Esta condición debe ser reivindicada y atendida. Vivimos en una época en que con mayor vigor que en otros tiempos se hace una promoción insistente de la necesidad y del vacío del sentido. La realidad está poblada de consignas y abstracciones promovidas por los poderes económicos y políticos que se despliegan en el mundo y cuyo enfrentamiento en nuestro país amenaza con conducirnos a una confrontación terrible. El resultado de tal promoción no puede ser otro que la generalización de la superficialidad deliberada, la visión plana de las cosas y el caldo de cultivo perfecto para se erijan los distintos tipos de autoritarismo, que desconocen las múltiples formas de alteridad y que pretenden reducir lo humano a la doctrina o a los imperativos del dinero. En estas circunstancias, tal vez los hábitos creados por el ejercicio de la investigación contribuyan a que reconozcamos de entrada la enorme complejidad de lo real y a que estemos alerta ante los mecanismos con que los poderes altamente concentrados operan sobre ella con el propósito delirante de aplastarla. Así pues, en lugar de despreciar el conocimiento, de sustituirlo por fantasmagorías prefabricadas debemos trabajar intensamente para asegurar su extensión y profundidad.

5. Reflexiones finales

Finalmente la constatación de los vínculos del saber académico y el poder ha de traducirse también en una permanente vigilancia del modo en que el conocimiento que producimos y transmitimos se localiza en el universo político. En nuestro caso particular, además de ahondar en las propiedades, características, procesos históricos, etc. relacionados con la literatura, el discurso y el lenguaje, construimos y enseñamos parámetros y procedimientos de interpretación, en otras palabras intervenimos nada menos que en ese territorio donde los sujetos se ponen en contacto con los signos. Es un tarea crucial, sobre todo si se tiene en cuenta los efectos que esto tiene en la construcción social del sentido. Por esta razón, junto las preguntas que hacernos a las cosas y el esfuerzo permanente para afinar nuestra comprensión, estamos obligados a responder a la pregunta: en qué medida y de qué modo los simulacros de la realidad que ayudamos a formar con nuestro trabajo contribuyen a reforzar o a desestructurar los poderes de mundo. Esto no garantiza nada, pues la instrumentalización del conocimiento se desarrolla en muchos casos de manera insospechada e imprevista. No obstante, cuando menos es un camino para salvaguardar nuestra responsabilidad en el desastre y, por qué no, para contrarrestar sus consecuencias.

Bibliohemerografía

- BOURDIEU, Pierre (2002). "Campo intelectual y proyecto creador." en *Campo de Poder, Campo Intelectual. Itinerario de un Concepto.* Montessoro.
- _____ (2006). *La Distinción: Criterios y Bases Sociales del Gusto.* Madrid: Taurus.
- FOUCAULT, Michel (1990a). *Arqueología del Saber.* México: Siglo XXI.
- _____ (1990b). *Las Palabras y las Cosas.* México: Siglo XXI.
- _____ (1992). *El Orden del Discurso.* Buenos Aires: TusQuets.
- _____ (2000). *Vigilar y Castigar.* México: Siglo XXI.
- KUHN, Thomas (1981). *La Estructura de las Revoluciones Científicas.* México: Fondo de Cultura Económica.
- WILLIAMS, Raymond (2000). *Marxismo y Literatura.* Barcelona: Península.